

toria de la escatología. Destaca como especialmente interesante y teológicamente fundida la de F. M. Arocena Solano: «La liturgia, “aeternitatis sacramentum”» (407-417), donde muestra la complejidad y la versatilidad de los «tiempos» y los modos de duración con que los que entra en relación el cristiano en su vida de fe.

La tercera parte se titula «Creo en la vida eterna» (469-672). Comienza con la ponencia de P. O’Callaghan sobre «La muerte del cristiano como la incorporación a la persona de Cristo» (473-520), con un enorme aparato crítico. Discurre, respectivamente, sobre la fenomenología de la muerte y la inmortalidad; la muerte del cristiano como incorporación a la pascua del Señor; y el hombre entre la muerte y la resurrección, donde defiende la doctrina tradicional relativa al estado intermedio. J. Alviar habla sobre «Vida eterna y vida terrena» (521-534), insistiendo en la importancia de la disposición en la tierra para la acogida del don de la vida eterna. Otras diez comunicaciones completan esta parte. Destacan por su número, cuatro, las dedicadas de hecho a Santo Tomás y por su interés y erudición la de J. Gil i Ribas sobre algunos aspectos en torno a la *Benedictus Deus* (555-565).

El volumen se cierra con una conferencia de Monseñor A. Cañizares sobre «Catequesis y plenitud de vida en Cristo» (675-686), quien recalca de diversas formas la importancia de la escatología cristiana en la catequesis y su imbricación con otros contenidos teológicos. Finalmente, un índice onomástico cierra este extenso volumen.

El lector encontrará, pues, un acervo amplio de temas que hoy se plantea la escatología cristiana; algunos más pacíficamente poseídos, como los elementos fundamentales de la escatología bíblica, y otros que siguen siendo discutidos, como el estado intermedio. Todo ello bañado por la intención de presentar de modo lúcido, congruente e íntegro el mensaje escatológico cristiano a nuestros contemporáneos. Por su número (18) destacan las colaboraciones de profesores de Navarra.—G. URIBARRI, S.J.

MARIO FARAONE, *La inhabitación trinitaria según san Juan de la Cruz.*

Premio Bellarmino 2000, Editrice Pontificia Università Gregoriana, Roma 2002, 490 pp. ISBN: 88-7652-903-9.

La calidad de esta magnífica tesis doctoral constituye la mejor justificación del galardón con que ha sido distinguida. Según hace notar el autor sólo un trabajo había sido dedicado con anterioridad al mismo tema, y con unas características que para nada disminuyen la originalidad del que ahora nos ocupa.

Éste brilla por la sencillez de su planteamiento y metodología, así como por la pulcritud con que su arquitectura reposa en los cuatro grandes capítulos en que se distribuye, Dios hacia el hombre, y en el hombre; el hombre hacia Dios, y en Dios.

1) El mismo deseo trascendental del ser humano presupone el proyecto del Dios que nos amó primero de salir Él mismo *hacia el hombre*. Dios ama sólo al Hijo y a quien participe en el Hijo, y a éste una decisión tan divina como amorosa le confirió una Esposa, tiñendo así de carácter eclesial todo lo proyectado.

El hombre será búsqueda, pero por haber sido buscado en cuanto amado. El arranque del trabajo al rehabilitar con acierto los Romances de amor del santo así como sus poemas la Fonte y el Pastorcico, pone muy bien de manifiesto cómo san Juan de la Cruz concibe las cosas precisamente así.

Se parte así del primer artículo de la profesión creyente, la prioridad de la Gracia, de su brillo y su belleza, del momento inigualablemente primero de la gratuidad de Dios Amor y sólo Amor.

2) Esa iniciativa amorosa de *Dios* determina que Él se halle *presente en el hombre* con generosidad desbordante que sólo necesita campo libre para actuar. Dios en efecto se halla cercano, cercanísimo, en máxima proximidad, en virtud de una presencia en triple progresión cualitativa, esencial, de gracia, y afectiva o espiritual.

La esencial se da en toda criatura, haciéndola existir; Juan de la Cruz la valora en grado máximo pues a través de ella Dios ya nos hace señas, y unas señas tales que nunca quedan desvaloradas por sus otros dos modos de presencia gracias a los cuales es posible pasar de descubrir a Dios en las criaturas, a descubrirlas a ellas como Dios en cuanto riqueza donde todas sin ningún tipo de panteísmo se dan en su máxima realidad. Ello exige evitar que apegos peores que la misma nada (que no ofrece resistencia al Creador) puedan oscurecer esta transparencia que alcanza total intensidad cuando el alma quedándose sin nada se queda sólo con Dios.

La presencia por gracia se da ya con ese grado mínimo de amor que supone la ausencia de pecado; pero siendo presencia del Dios Trinidad *en* el alma, no lo es *al* alma mientras ésta no la perciba. Se ordena por ello a la presencia afectiva, espiritual, diferente sólo en grado respecto de la anterior, pero señalada por la diferencia decisiva del tránsito del «en» al «al».

Esta presencia espiritual exige que el «alma» descienda a su «fondo», «sustancia», o zona más escondida donde Dios se halla en todos, pero de una manera asimismo escondida, que exige búsqueda por parte del alma, liberación de apegos y tránsito por las nadas sanjuanistas; adquirida así la necesaria sensibilidad el alma podrá ser transformada ya en esta vida en el mismo Dios. «La presencia afectiva de Dios... recupera... Su presencia en el ser de todas las cosas y en el del mismo hombre... «que (ya) no tiene el ser en sí sino en Dios» La «presencia de Dios se hace tan densa y universal que todas las cosas quedan traspasadas por su bondad y belleza, como el vitral es traspasado por el sol y se hace uno con él».

Tras estudiar la marcha del Amor primero hacia el hombre y los cómo de su presencia en él, presenta Faraone de manera irreprochablemente simétrica la marcha o «dinámica» del peregrinar del *hombre hacia Dios*. La misma acción divina que reclama la respuesta humana comienza por hacer a ésta posible, ante todo mediante la acción de los sacramentos. Ante todo por el Bautismo que devuelve la inocencia prelapsaria, sin perjuicio de que el hombre haya de apropiársela mediante un proceso de purificación esforzado y activo; éste, por hallarse bajo el signo de la Cruz con la que el sacramento asimila, es conducido por un alma que se siente más que amada —adamada—, por quien se entregó por ella hasta la Cruz.

El mismo Dios proporciona también los medios operativos que hacen posible una correspondencia proporcionada a su presencia; estos medios no son sino las virtudes teologales que continúan la purificación del alma y al mismo tiempo la hacen gestar en sí misma al propio Dios en que ella se transforma. Faraone describe analíticamente el papel de cada virtud en este proceso, y presta atención particular a la actuación de cada una en las noches.

Se detiene asimismo en la consideración especial de dos metáforas. La del «más profundo centro» se referiría no ya como en Santa Teresa a la última morada sino a Dios mismo, centro del alma; la del madero en el fuego, indicaría no sólo la trans-

formación en Dios que es efecto de la purificación, sino el fuego del Espíritu Santo que abraza al alma y la transforma en Dios.

*Dios en el hombre* es el tema del cuarto y último capítulo; presenta nuevas «insulas extrañas», en un momento en que el descubrimiento de América reduce al ámbito de lo finito y dominable a ese Occidente considerado poco antes como cuajado de misterios. La unión con Dios es estudiada en clave de un simbolismo nupcial que tras la búsqueda y el desposorio culmina en matrimonio entre Amante y Amado; unión permanente en la sustancia del alma, que se extiende asimismo a todas sus potencias y se traduce en el ejercicio connatural y gozoso propio de una vida en fluidez constante y transformada en todos sus aspectos.

Esta transformación es operada por la Trinidad misma que renueva en el alma su misterio dándole a conocer la Hermosura y la Sabiduría del Hijo, y haciéndola partícipe de la espiración del Espíritu Santo para que ame como el propio Dios ama. Aspirada por el Amor, el alma queda asimilada a las tres personas, al Hijo y por él al Padre, participando de la potencia de éste, de la sabiduría del Hijo, del amor del Espíritu.

Complemento de todo ello son los favores divinos de la Llama de amor viva, delicadezas de gratuidad más que nuevo grado de perfección; este llamear no proviene tanto de la brasa en que el alma ya se encuentra transformada, sino que procede directamente del propio Espíritu Santo. Juan de la Cruz propende así a sentirse en un ámbito de relaciones propias más que apropiadas con cada persona divina, aun su puesta la única acción divina común a las tres.

Acaba Faraone su trabajo resumiendo sus conclusiones, y haciendo así que el lector compruebe de nuevo el orden, la claridad, y la capacidad de síntesis con que ha conducido su estudio. Cualidades tanto más dignas de elogio cuanto detallados han sido los análisis de los textos del santo, avalados por un conocimiento excelente de los estudios especializados que se traen a colación de la manera que en cada caso resulta verdaderamente más oportuna.

Espléndida tesis doctoral. Ninguna reserva acude a nuestro espíritu al calificarla de este modo. Cautiva por su claridad de exposición; y también por la sencillez de su arquitectura, valor máximo por cierto en un trabajo de índole sistemática.

La metodología es asimismo rigurosa. La originalidad del trabajo queda garantizada por la nueva pregunta que se lanza a San Juan de la Cruz, y por la respuesta buscada con constancia de manera siempre pertinente y ateniéndose de manera constante y sin desviaciones a lo que se busca.

La pregunta es: ¿no se explica todo desde el Amor, desde el que Dios nos tiene, siendo él mismo Amor? A la respuesta acude todo el santo de Fontiveros, y aun todos los estudios (pues «todos» han debido ser conocidos para seleccionar de entre ellos los pertinentes) especializados sobre el pensamiento del santo.

El pie de página es magnífico, complejo, pertinente, amplísimo. Deja por ello el ámbito necesario a la exposición y a la lectura fluida del texto corrido del mismo Faraone.

Ha sido magnífica la intuición de comenzar por las piecillas, expresiones admirables de la prioridad del Amor.

Cabe estar de enhorabuena, cuando se recibe también de la autoridad de san Juan de la Cruz la confirmación de que el Amor en que Dios consiste, es la Verdad primera y la clave de las actitudes pastorales de la Iglesia de Jesucristo y de cada una de sus comunidades.—JOSÉ R. G<sup>3</sup>-MURGA.